

Ensayo de reconstrucción de la última cena

Cuando los Apóstoles entraron en el Cenáculo hubieron de tener la sensación de quien pisa la playa después de haber corrido un temporal. A través del inquieto oleaje de turbantes y túnicas multicolores se habían ido abriendo camino por las estrechas calles de la ciudad, expuestos a cualquier incidente por la presencia del Maestro. Respiraban, por fin, seguros una vez en el Cenáculo, apretados como nunca en torno a su Señor.

Podía verse ya en el centro de la amplia sala una gran mesa cuadrada, flanqueada de divanes, dispuesta para el banquete pascual. Según la costumbre, entonces generalizada, sobre todo en Oriente, comían los judíos en ocasiones solemnes como la presente, recostados sobre divanes o lechos, con el brazo izquierdo apoyado en un cojín.

Esta postura, familiar a los persas desde antiguo, se había corrido después de las guerras médicas a los griegos, y de éstos pasaba, por fin, a los romanos, generalizándose en todo el Imperio. Venía considerada como la postura propia del hombre libre: sólo los esclavos y las mujeres comían sentados. La costumbre se había impuesto hasta en la celebración de la cena pascual. Es verdad que en Egipto la habían comido de pie, pero entonces eran esclavos; ahora, en cambio, la comían recostados, «como hombres libres o como reyes», según una expresión rabínica del Talmud.

Los divanes o lechos eran pequeños estrados guarnecidos de colchonetas y cojines. Flanqueaban la mesa por tres de sus lados, dejando el cuarto libre para el servicio. A partir de la mesa bajaban en suave declive hacia el exterior, de suerte que, al recostarse los convidados, casi tocaban con sus pies en el suelo. Entre los romanos, como entre los judíos, que les imitaban, los divanes o lechos estaban separados entre sí, y el conjunto formaba lo que se llamó por su misma configuración el *triclinium*.

Ya junto a la mesa, la voz del Maestro da paso libre a los sentimientos de su corazón, que se expande en ansias de entregarse a los hombres: «Con deseo he deseado, comer esta Pascua con vosotros antes de ir a padecer. Os digo que no comeré más de la Pascua, hasta que sea cumplida en el Reino de Dios» (1).

1.º—*La institución mosaica de la Pascua judía.*

La Pascua judía era la conmemoración anual de la salida de Egipto. Antes de abandonar aquella tierra de su esclavitud y destierro, cada familia israelita había inmolado un cordero, cuya sangre, derramada sobre los postes y el dintel de las puertas, debía alejar al ángel exterminador, preservando a los primogénitos de la muerte.

Y venida la noche, todos los hijos del pueblo de Israel habían comido el cordero asado, ceñidos los lomos, calzados los pies y el bordón en sus manos, apresuradamente y de pie, como gentes que tienen prisa a ponerse en camino. Moisés mandó celebrar perpetuamente este aniversario mediante una fiesta conmemorativa, que había de durar siete días:

Este día será para vosotros memorable, y lo celebraréis solemnemente en honor de Yahve, de generación en generación; será una fiesta a perpetuidad. Por siete días comeréis panes ácidos; desde el primer día no habrá ya levadura en vuestras casas... Y guardaréis los ácidos, porque fué en ese día mismo, cuando yo saqué vuestros ejércitos de la tierra de Egipto. Guardaréis ese día de generación en generación, como institución perpetua. El primer mes, desde el día catorce del mes, comeréis pan sin levadura hasta el día veintiuno... Dijo Yahve a Moisés y Aarón: Esta es la ley de la Pascua... Se comerá en una sola casa, y no sacaréis fuera de ella nada de sus carnes, ni quebrantaréis ninguno de sus huesos. Toda la asamblea de Israel comerá la Pascua... Todos los hijos de Israel hicieron lo que Yahve había mandado a Moisés y Aarón. Aquel mismo día sacó Yahve de la tierra de Egipto a los hijos de Israel por escuadras (2).

Cuando la ley de la unicidad del santuario prohibió los sacrificios fuera de Jerusalén, sólo en su Templo fué permitido inmolarse el cordero en la conmemoración anual de la Pascua. Lo sacrificaba el padre de familia, y el número mismo de los que tomaban parte en esa inmolación imponía por motivos de orden una división de tres grupos

(1) *Lc.*, 22, 14-15.

(2) *Ex.*, 12, 14-51.

de sacrificadores. Apenas entraba en los atrios un número de israelitas bastante para llenarlos, se daba la señal del sacrificio con un toque de trompeta.

Los sacerdotes, preparados en dos largas filas, recogían la sangre en copas, y cuando éstas se llenaban se las pasaban a otros, recibiendo a su vez de éstos otras ya vaciadas. El sacerdote que estaba más próximo derramaba al pie del altar, a medida que se le iban ofreciendo, las copas llenas de sangre. Durante el sacrificio de los corderos iban entonando los Levitas el Hallel o los Salmos 114-119, que recordaban los prodigios hechos a su pueblo por Yahve en la tierra de Egipto y de Canaán: «Al salir de Egipto Israel, la casa de José del pueblo extranjero, hizose de Judá su santuario, de Israel su imperio. Vió el mar y huyó, el Jordán se echó para atrás. Saltaron los montes como carneros y los collados como corderos. ¿Qué tienes, ¡oh mar!, que huyes, tú, Jordán, que te echas atrás? Vosotros, montes, que saltáis como carneros; vosotros, collados, como corderos. A la venida de Yahve tiembla, ¡oh tierra!, a la venida del Dios de Jacob, que puede hacer de la piedra lago de aguas, de la roca fuente de aguas» (1).

Una vez inmolado el cordero, se le sacaban los intestinos; luego se le colgaba de uno de los garfios fijos en el muro o en las columnas, y se le despellejaba. De estar ocupados todos, se cogía un bastón—había toda una provisión de ellos—y apoyándolo sobre el propio hombro y el de algún otro que quiera ayudarle, se colgaba de él al cordero, y así se le despellejaba. La cola, la grasa de los intestinos, los riñones y el hígado se dejaban, para quemarlos, sobre el altar (2); todo lo demás venía envuelto en el pellejo y era llevado a casa para el banquete (3).

2.º—*El banquete pascual según las fuentes de la Mischna y del Talmud.*

Apenas caían las sombras de la noche se asaba el cordero. No debían bajar de diez, ni subir de veinte, los que tomaban parte en cada banquete. En él aun el más pobre comía tendido como los señores,

(1) *Ps.*, 114, 1-8.

(2) *Ex.*, 23, 18; *Pesachim*, 5, 10.

(3) Véase sobre todá esta materia el amplio estudio *Das Passahmahl*, en STRACK-BILLERBECK, *Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch*, IV/1, *Exkurse zu einzelnen Stellen des Neuen Testaments*, I, München (1928), 41-76.

y debía tener, cuando menos, cuatro vasos de vino sobre la mesa. Mezclado el primer vaso de vino, se decía la oración, y después de ella se presentaba el cordero asado a los comensales (1). Presentábanse asimismo los panes ázimos en memoria de sus padres, que no habían dispuesto de tiempo antes de su partida para hacer fermentar la masa; las hierbas, en recuerdo de la amargura de la vida llevada entonces en Egipto. Y todavía se añadía frecuentemente el *charo-set*, es decir, una mezcla de dátiles, higos y otras frutas cocidas con vinagre, y, por fin, agua salada. Siguiendo entonces el ejemplo del padre de familia, todos tomaban las hierbas mojadas en el *charo-set*.

Mezclábase luego el segundo vaso de vino y, a petición de sus hijos, extendíase el padre de familia sobre el origen y significado de la fiesta, conforme al relato mosaico: «Y cuando os dijeren vuestros hijos: ¿Qué significa para vosotros este rito?, les responderéis: Es el sacrificio de la Pascua de Yahve, que pasó de largo por las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a Egipto, salvando nuestras casas» (2).

Seguía el rezo de la primera parte del Hallel, coronada con una plegaria. Y después del lavatorio ritual de manos, partía el padre de familia el pan ázimo, y después de poner sobre él hierbas mojadas en el *charo-set* y bendecirlos, se los ofrecía a los comensales. Sólo entonces se podía comenzar a comer el cordero pascual, al que iba unido un alegre banquete, no sujeto ya a ceremonias.

Volvían a lavarse las manos terminada la cena, y, mezclado el tercer vaso de vino, se daban las gracias. Tomaba entonces el padre de familia la llamada *copa de bendición*, en expresión de San Pablo (3), y asiéndola primero con ambas manos, y levantándola luego en alto con su diestra, rezaba con los ojos fijos en la copa su oración, incorporado sobre el lecho. Constaba aquélla de cuatro bendiciones, que, por suponerse conocidas de todos, no se reproducen en las fuentes de la Mischna y del Talmud. Pero las citas que ocasionalmente ocu-

(1) Cuando no bastaba el cordero asado para hartar a los comensales, se presentaba asimismo el *chagiga* o la carne de las víctimas inmoladas el mismo día 14 de Nisán, conforme a la indicación del *Deut.*, 16, 2-3: «Inmolarás la pascua de Yahve, tu Dios, de las crías de las ovejas y de las vacas, en el lugar que Yahve, tu Dios, haya elegido para poner en él su nombre».

(2) *Ex.*, 12, 26-27.

(3) *I Cor.*, 10, 16: «El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunicación de la sangre de Cristo?»

rren de ellas, en el tratado *Berakhot* sobre todo (1), prueban que las tres primeras bendiciones sonaban en lo sustancial desde antiguo como suenan en los actuales rituales judíos:

Primera bendición.—Sea loado Jahve, nuestro Dios, Rey del mundo, que con su bondad alimenta a todo el universo. Da en gracia, amor y misericordia el pan a toda carne, pues su gracia permanece eternamente. Ha hecho que nada nos faltara, según su gran misericordia de siempre, y quiera El que nunca nos falte de comer por su gran nombre. El es quien alimenta y provee a todos, y demuestra su bondad preparando alimentos para todas las criaturas por El sacadas de la nada. ¡Loado seas, Yahve, que alimentas a todos!

Segunda bendición.—Te damos gracias, Yahve, nuestro Dios, porque diste como herencia a nuestros padres la amable, buena y extensa tierra de [Israel]; porque nos sacaste de Egipto y nos libraste de su esclavitud. Te damos gracias por tu pacto, sellado con nuestra carne; por la vida, favor y amor con que nos has regalado, y por el gusto de manjares con que nos alimentas y cuidas siempre, cada día, cada tiempo y cada hora. Por todo esto te damos gracias, Yahve, Dios nuestro, y te bendecimos. Alabado sea siempre por toda la eternidad tu nombre por boca de todo viviente, conforme está escrito: Si has comido y estás harto bendice al Señor, tu Dios, por la buena tierra que El te ha dado. ¡Loado seas, Yahve, por la tierra y por los alimentos!

Tercera bendición.—Apiádate, ¡oh, Yahve!, Dios nuestro, de Israel, tu pueblo; de Jerusalén, tu ciudad; de Sión, morada de tu gloria; del trono de la casa de David, de tu Ungido y de la grande y santa casa sobre la que es invocado tu nombre. Dios nuestro y Padre nuestro, apaciéntanos, aliméntanos, provéenos, nútrenos y danos ancho espacio. Sí, danos ancho espacio, sacándonos pronto de nuestros apuros. No nos dejes, ¡oh, Yahve!, en necesidad ni de los dones de los hombres ni de sus préstamos, sino sólo de tu plena, y santa, y larga mano, a fin de no quedar eternamente confundidos y avergonzados. Edifica pronto en nuestros días la ciudad santa de Jerusalén. ¡Loado seas, Yahve, tú que edificas Jerusalén en tu misericordia! Amén.

Cuarta bendición.—Alabado seas, Yahve, Dios nuestro; Rey del universo, Dios, Padre y Rey nuestro; nuestro Fuerte, nuestro Criador y Libertador, nuestro Santo, el Santo de Jacob, nuestro Pastor, el Pastor de Israel, el Rey, el Bueno y que llenas de bienes a todo hombre. Hablad así. Amén.

Después de esta acción de gracias se encendía el pebetero para llenar de exquisitos perfumes toda la sala. Entonces se servía el cuar-

(1) *Berakhot*, 46a, 48b, 49a.

to vaso de vino, y se terminaba con el Hallel: «Alabad a Yahve las gentes todas, alabadle todos los pueblos. Porque claramente se ha manifestado sobre nosotros su piedad, y su fidelidad permanece para siempre» (1). «Alabad a Yahve porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga Israel que es bueno, que es eterna su misericordia. Diga la casa de Aarón que es bueno, que es eterna su misericordia. Digan los que temen a Yahve que es bueno, que es eterna su misericordia» (2). Como se cerró igualmente con salmos la última Cena, según observan los evangelistas San Mateo y San Marcos: *Καὶ ὑμνήσαντες ἐξῆλθον* (3).

Por lo demás, es imposible precisar hasta qué punto se guardaron todas estas ceremonias en la última Cena, como observaron en su amplio excursus sobre la materia Strack y Billerbeck. Con todo, no hay duda de que la Mischna, codificada unos ciento treinta o ciento cuarenta años después de la ruina de Jerusalén, representa bien en lo sustancial la práctica de los fariseos en tiempo de Cristo. Lo que no sabemos, como advierte Edersheim, es hasta qué punto obligaba ese ritual por aquellos días (4).

3.º—*El orden cronológico de los hechos en la última Cena.*

Todo banquete festivo, y más el de Pascua, observa el P. Prat, comenzaba por una doble bendición en Israel: la del vino y la de la fiesta (5). Jesús, pues, en calidad de Señor y Maestro que sustituía en sus funciones al jefe de la casa o padre de familia, debió de pronunciarla sobre esta primera copa ritual, que había de circular entre los Doce. Breve, la fórmula de bendición sobre el vino decía: «¡Bendito seáis vos, Señor Dios nuestro, que habéis creado el fruto de la viña!» Cogiendo, pues, con sus manos la copa llena de vino recitó Jesús sobre ella esta fórmula de bendición, y después de aplicar probablemente a ella sus divinos labios, se la alargó a sus Discípulos diciendo: «Tomadla y distribuidla entre vosotros, porque os confieso que no beberé más del fruto de la vid hasta que venga el Reino de

(1) *Ps.*, 117, 1-2.

(2) *Ps.*, 118, 1-4.

(3) *Mt.*, 26, 30; *Mc.*, 14, 26.

(4) *The Life and Times of Jesus the Messiah*, II, London (1931), 492.

(5) F. PRAT: *Jésus-Christ, sa vie, sa doctrine, son oeuvre*, II, 5, Paris (1933),

Dios» (1), donde beberé con mis escogidos en el festín eterno de la gloria.

Contrastando con la grandeza del momento que se acercaba, y con la elevación de los pensamientos del Maestro, debió de surgir la cuestión de precedencia, cuando, mezclado el segundo vaso de vino y rezada la primera parte del Hallel, terminado el relato sobre los orígenes de la fiesta y el lavatorio usual de manos, se disponían a recostarse los Doce para el verdadero banquete de Pascua (2).

Durante ese banquete, y mientras se comía el cordero, inmola- do por Pedro y Juan aquella tarde en el Templo, δείπνου γινομένου, como leen los mejores códices, y no δείπνου γενομένου, terminada la cena, como leen otros, tuvo lugar el acto de humildad y servicio sin ejemplo, que fué el lavatorio de los pies, de parte de quien tomó, entonces más que nunca, la forma de siervo (3).

Explicada con la plenitud soberana, que sólo El sabía dar a sus palabras, la lección moral que en aquella acción de humildad se escondía, anuncia, primero veladamente, luego cada vez más clara y terminantemente, la traición de Judas, hasta sentirse éste como señalado por el dedo; y después de recibir el último bocado de mano del Señor, sale escapado del cenáculo en medio de las tinieblas de la noche.

Dijérase respirar el Corazón, hasta entonces turbado y oprimido, de Cristo, y en aquel ambiente de amor y de pureza que pone la presencia de sus Once incondicionales y fieles en el cenáculo, sintiéndose ya anticipadamente glorificado con el manto real de púrpura de su sangre, apreciada no más que en treinta monedas por el discípulo traidor, terminada ya la cena, μετά τὸ δειπῆσαι, como subrayan conjuntamente San Pablo (4) y San Lucas (5), instituye el Sacramento y Sacrificio de la Eucaristía. Por el contexto del doble relato eucarístico del discípulo y del maestro creeríamos, con Strack-Billerbeck, que la consagración del pan y del vino tuvo lugar después de la tercera

(1) *Lc.*, 22, 17-18.

(2) Edersheim supone la discusión de precedencia y el lavatorio consiguiente de los pies de los Discípulos después de mezclado el primer vaso de vino, y dicha la doble bendición del vino y de la fiesta, cuando el padre de familia se lavaba las manos, y, siguiendo su ejemplo, todos probaban las hierbas amargas mojadas en el charoset, *ob. cit.*, II, pág. 497.

(3) *Phil.*, 2, 7.

(4) *I Cor.*, 11, 25.

(5) *Lc.*, 22, 20.

copa o cáliz de bendición como término de la cena. Pero algunos de estos puntos requieren un mayor desarrollo y comentario de nuestra parte.

4.º—*La cuestión de precedencia: los puestos de honor en la mesa.*

Mil veces habían tenido que comer los Doce durante el ministerio público de Jesús en pleno campo, a la sombra de una higuera o de la cerca de una viña, o sobre el brocal de un pozo. El orden de los asientos no tenía entonces importancia para ellos. Pero en la cena pascual había que acomodarse en torno a la mesa en un orden y puesto determinado (1). Y ésta fué la ocasión que suscitó entre los Apóstoles la cuestión de precedencia, quién de ellos había de ser el primero (2).

El *triclinium* se componía de una mesa cuadrada y tres lechos o divanes, *lecti tricliniarios*, que la rodeaban de tres de sus lados, dejando el cuarto libre para el servicio. Por las informaciones que nos han llegado, los lechos bajaban en plano inclinado desde la altura de la mesa hacia los muros de la sala. Los convidados se recostaban en ellos, apoyando la parte superior del cuerpo en el codo izquierdo sobre la almohada (3).

En el *triclinium* el lecho más honroso era el llamado *lectus medius*, de frente a la entrada de la sala; venía luego en dignidad el *lectus summus*, a la izquierda del primero, formando ángulo recto con él, y seguía, por fin, el *lectus imus*, frente al *summus*. Si la mesa, en vez de cuadrada, era ovalada, los lechos que la rodeaban recibían la misma forma.

En cada uno de los lechos el puesto más digno se reputaba el del medio, cuando en él se recostaban tres comensales. Una moda efímera había introducido la derogación de esta costumbre, fijando como

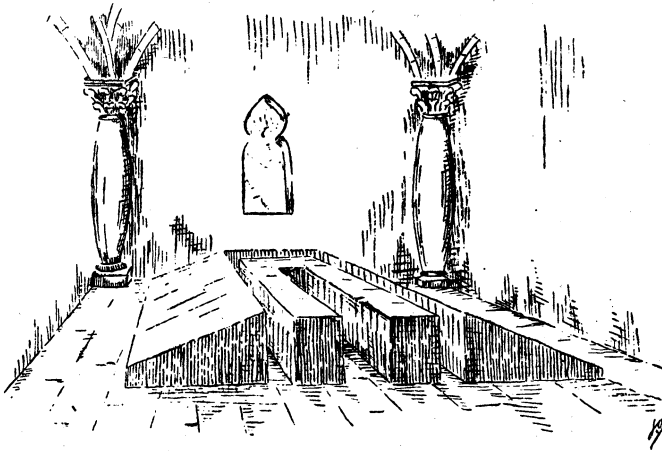
(1) Los términos mismos empleados aquí por los evangelistas: ἀνάκεισθαι, ἀνακλιπεῖν (Mt., 26, 20; Lc., 22, 14; Joh., 13, 12) hablan de recostarse, reclinarse a la mesa. La Mischna y el Talmud suponen siempre esa postura «correspondiente a los hombres libres»; y sólo los esclavos y las mujeres habían de asistir sentados al banquete pascual.

(2) Véase para ilustrar este tema de la Cena pascual el artículo *coena*, en DAREMBERG-SAGLIO, *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines*, 1/2, París (1877), 1269-1282.

(3) DAREMBERG-SAGLIO, ob. cit., 1/2, pág. 1278.

el puesto más honorífico el primero de la derecha en el diván central: era el llamado «locus consularis» o «praetoris» (1). Pero esta moda desapareció muy pronto aun en Roma, y no parece que hubiera penetrado en Palestina en tiempo de Cristo.

Reproduciendo, pues, un *triclinium* conforme al modelo salvado en los restos de Pompeya, podríamos representarlo gráficamente en este esquema:



Reconstrucción aproximada del *triclinium* en la última cena.

Como en Persia, como en todo el Oriente semítico, el puesto de honor seguía siendo entre los judíos el del medio. «Si no hay más que dos cojines sobre un lecho común—decía expresamente el Talmud de Babilonia—, el más digno es el que toma su puesto primero, y el segundo se coloca debajo de él; si son tres los cojines, el personaje principal se pone en medio, el segundo encima de él, el tercero debajo de él» (2).

Igualmente Cicerón, invitado a un banquete por Volumnio Eutrapelo, se acomoda en medio del lecho, «et quidem supra me Atticus», su secretario, «infra Verrius», de inferior categoría, como él con tanta exactitud escribe (3).

(1) PLUTARCO: *Symposiaca*, I, 3; SÉNECA: *Controversiae*, IX, 25; MARCIAL, VI, 74, 1; TÁCITO: *Annales*, III, 14; cf. DARMBERG-SAGLIO, ob. cit., I/2, pág. 1278.

(2) *Berachot*, 46b.

(3) *Epist. ad famil.*, IX, 26.

Es decir, que cuando en un mismo lecho o diván existen tres puestos, el personaje principal se coloca en el centro, el segundo en categoría se acomoda «supra illum» a su izquierda, y el tercero «infra illum» a su derecha (1).

«Cuando fueres invitado por alguno a bodas, no te recuestes en el primer puesto», había dicho el divino Maestro en otra ocasión (2). Y «guardaos de los escribas, que gustan de los primeros asientos en las sinagogas, y de los primeros puestos en los banquetes» (3). Contraviniendo estos consejos del Señor, disputaban entre sí los Discípulos sobre los puestos que les habían cabido en suerte, si es que no se los habían disputado calurosamente.

La lección del Maestro fué a la vez maternal e impresionante. Al fin de la edad apostólica, en la lejana Efeso, la recordaba todavía con todos sus detalles emocionantes el anciano Juan. Como si estuviera aún contemplándole con sus ojos, le veía al Verbo Eterno encarnado levantarse de la mesa, despojarse de su túnica, y tomando un lebrillo y ceñido con una toalla, lavar los pies a sus discípulos. Siempre los había amado, pero aquel día hasta el colmo. Para la hora de su despedida se había reservado lo más delicado de su ternura y de su amor (4).

A pesar de las protestas de Simón Pedro ante un servicio que ni con los esclavos de su raza decía bien, los pies polvorientos de los Doce fueron sintiendo la caricia maternal de sus manos (5). «Que el mayor de entre vosotros sea como el menor, y el que manda como el que sirve. Porque ¿quién es mayor? ¿El que está sentado a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Yo, sin embargo, estoy entre vosotros como el que sirve» (6.).

Cuando volvió a recostarse Jesús sobre su lecho entre el Discípulo amado y Simón Pedro, su rostro, transfigurado por la fatiga, brillaba aureolado de majestad. «¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy.

(1) PRAT: *Les places d'honneur chez les Juifs contemporains du Christ*, «Recherches de Science Religieuse», XV (1925), 518.519.

(2) *Lc.*, 14, 8.

(3) *Lc.*, 20, 46; cf. *Mt.*, 23, 6; *Mc.*, 12, 39.

(4) *Ioh.*, 13, 1-6.

(5) *Ioh.*, 13, 6-12.

(6) *±c.*, 22, 26-28.

Pues si yo, que soy el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaroslos unos a otros» (1).

Pero el Corazón de Cristo sangra de una herida profunda. Mientras lavaba hace poco los pies a Pedro había dicho: «El que está limpio, no necesita sino lavarse los pies. Y vosotros limpios estáis, aunque no todos» (2). Un cierto malestar comenzó a reinar en el Cenáculo. ¿Qué quiso decir el Maestro con aquellas sus palabras: «Vosotros estáis limpios, aunque no todos»?

Los ojos de los Doce continuaban fijos en el rostro del Maestro. Este acababa de explicar su bella lección de humildad: «En verdad, en verdad os digo que el esclavo no es mayor que su Señor, ni el enviado mayor que el que le envió. Dichosos seréis si, comprendiendo esto, lo ponéis por obra. No hablo de todos vosotros; yo sé los que escogí. Mas para que se cumpla la Escritura: El que come el pan de mi mano, alza contra mí su calcañar. Desde ahora os lo digo antes de que suceda, para que, cuando sucediere, creáis que yo soy» (3).

Siguióse en la sala un hondo silencio. El rostro de Cristo se demudó contraído por el dolor. El Discípulo del amor sorprendió esa expresión en el rostro de Jesús, y nos la dejó fijada a través de su pluma en este momento de su relato: «Se turbó—dice—en su alma» (4), como se había turbado semanas antes junto al sepulcro de Lázaro (5).

Jesús mantenía los ojos clavados en el suelo. «En verdad, en verdad os digo—y la voz se hizo una herida en su carne—que uno de vosotros me entregará» (6). El sobresalto se apoderó de todos, como si hubiese caído un rayo en medio de la sala. Ninguno de los tres evangelistas que refieren la elección de los Doce, deja de estampar al fin de la lista el nombre de Judas Iscariote con el terrible epifonema de «el traidor» (7) o «el que le entregó» (8). En aquella noche serena de oración, bajo el suave centelleo de las estrellas que se refle-

(1) *Ioh.*, 13, 12-15.

(2) *Ioh.*, 13, 10.

(3) *Ioh.*, 13, 16-20.

(4) *Ioh.*, 13, 21.

(5) *Ioh.*, 11, 33.

(6) *Mt.*, 26, 21; *Mc.*, 14, 18; *Ioh.*, 13, 21.

(7) *Lc.*, 6, 16.

(8) *Mt.*, 9, 5; *Mc.*, 3, 19.

jaban en la superficie tersa del Lago, debió de sentir las primeras angustias de su corazón oprimido, al divisar entre las palmas de sus Once fieles el cuerpo escindido del suicida traidor. Desde entonces venía siguiendo los tortuosos caminos de la avaricia, de la ambición, tal vez también de la lujuria, por donde aquel hombre, a quien mejor le hubiera estado no haber nacido, se le alejaba.

Repuestos algún tanto de su primer sobresalto, comenzaron a mirarse unos a otros los Apóstoles, sin poder concebir en ninguno propósitos tan criminales. Sólo Judas permanecía impasible y frío en un simulacro de ficción, que sólo el Maestro penetraba. La desazón y angustia de los Apóstoles vagaba sin aquietarse por la sala. En medio de su incertidud y turbación, uno en pos de otro fueron formulando la pregunta: «¿Por ventura soy yo, Señor?» (1).

Jesús, con toda la seguridad que le comunicaba su ciencia divina, insistió de nuevo en su predicción: «El que mete conmigo la mano en el plato, ése es el que me entregará. El Hijo del hombre recorre ciertamente su camino, según está escrito de El; pero ¡ay de aquel por quien será entregado! Más le valiera no haber nacido» (2).

Era una reconvención paternal, paciente, que sólo Judas podía comprender. Las palabras de Jesús aludían al Salmo XL, y podían convenir, sin determinar a ninguno, a todos los convidados que comían de un mismo plato central. La incertidumbre crecía. El silencio en estas circunstancias de parte de Judas hubiera equivalido a una confesión, y llevando al colmo su hipocresía, optó por romperlo con un cinismo incalificable: «¿Soy yo acaso, Señor?» «Tú lo has dicho» (3), le contestó Jesús, al parecer, en voz tan baja, que nadie, fuera del mismo Judas, pudo percatarse de la afirmación del Señor. Sintió el traidor hipócrita que la mirada de Jesús le penetraba toda la negrura de su alma, y ya no pensó más que en abandonar la sala.

Entretanto, desahogaban entre sí su inquietud los Discípulos. En vez de las preguntas directas, hechas al Maestro, observa San Lucas, comenzaron a conferir ahora entre sí quién de entre ellos podía ser capaz de tamaña traición (4). Tendidos en sus divanes y apoya-

(1) *Mt.*, 26, 25.

(2) *Lc.*, 22, 22.

(3) *Mt.*, 26, 25.

(4) *Lc.*, 22, 23.

dos con el brazo izquierdo sobre sus respectivos cojines, ninguno de ellos podía ver a todos los comensales, y la postura misma se prestaba al diálogo, sin que los demás lograsen, aunque quisiesen, enterarse de ello.

5.º—*La escena entre Jesús, Pedro, Juan y Judas*

Juan coloca en este momento una de las escenas más dramáticas de su evangelio espiritual. En ella toman parte solamente Jesucristo, Juan, Pedro y Judas, quienes, por los puestos que ocupaban en la mesa, pudieron ser actores en ella, sin que se les alcanzase su significado a los demás.

Y los detalles históricos de este relato, conservado por el Discípulo amado en su evangelio espiritual, son los que arrojan más clara luz, confirmando las fuentes contemporáneas romanas, sobre los puestos que ocupaban en la sala los cuatro actores del drama.

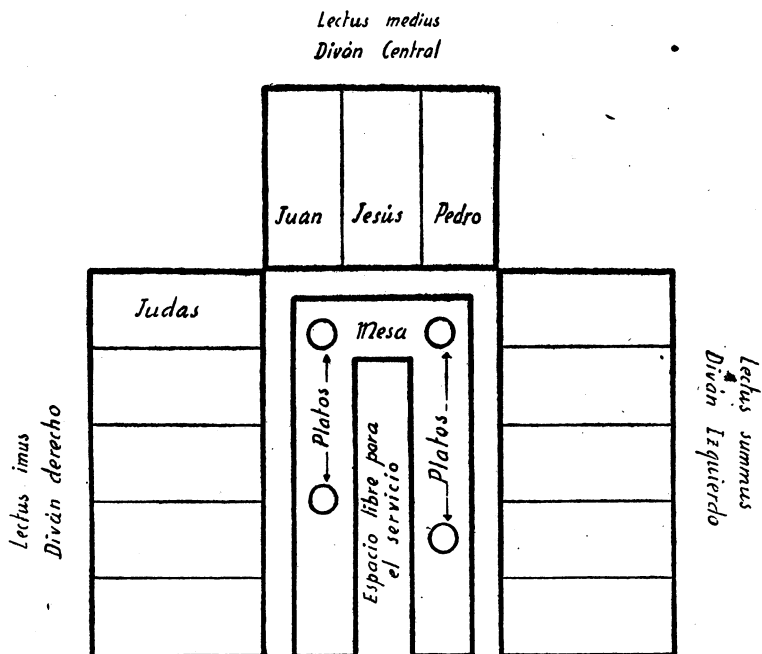
Impaciente por conocer el nombre del traidor, el alma impetuosa y noble de Simón Pedro estaba decidida a aclarar la situación ambigua, creada por el anuncio de la traición. Pero al evocar esta escena incomparable, dejemos la palabra al apóstol testigo de vista, que en su avanzada edad recordaba aún, como si entonces los estuviese viviendo, los detalles más menudos de aquella hora: «Uno de los Discípulos, aquel a quien Jesús amaba, estaba recostado en el seno de Jesús» (1).

Es decir, reclinado Jesús en el puesto central del *lectus medius*, tenía inmediatamente ante sí al Discípulo amado tendido en el mismo lecho, con el brazo izquierdo apoyado sobre el cojín; de modo que estando ambos recostados y apoyados sobre su brazo izquierdo, Jesús volvía el seno hacia Juan, y de éste podía decirse que estaba recostado en el seno de Jesús, ἦν δὲ ἀνακείμενος ... ἐν τῷ κόλπῳ τοῦ Ἰησοῦ (2). Por su calidad de jefe del Colegio Apostólico, a Pedro le correspondía el segundo puesto en el *lectus medius* a la izquierda de Jesús, o como se expresaban los antiguos, *supra illum*.

(1) *Ioh.*, 13, 23.

(2) *Ioh.*, 13, 23.

Para hacer más sensible a los ojos la escena entre Jesús, Pedro, Juan y Judas, reproduzcamos mediante un detallado gráfico sus respectivos puestos en la mesa:



Reproducción esquemática de los puestos en la última cena.

Las pinceladas con que Juan nos ha descrito la turbación, dibujada en el rostro del Maestro al anuncio de la traición, nos hacen pensar que desde aquel momento, vueltos sus ojos hacia Jesús, no perdía ninguno de sus gestos o movimientos. En esta actitud su mirada hubo de cruzarse más de una vez con la de Simón Pedro, quien, impaciente y sobresaltado, trataba de averiguar el nombre del traidor. No le bastaba a él con la indicación anterior del Maestro: «Uno de los Doce, que moja en el plato conmigo» (1).

Aprovechándose, pues, de su situación, y sin que le viera su divino Maestro, hizo una seña a Juan, incitándole a descifrar el misterio. La maniobra, por otra parte, era tanto más sencilla, cuanto que, irguiéndose el apóstol sobre su busto y llamando así la atención

(1) *Mc.*, 14, 20; *Mt.*, 26, 23.

del Discípulo amado, le habría expresado su deseo con señas hechas por encima de la persona de Jesús, que seguía apoyado sobre su brazo izquierdo.

Juan comprendió en seguida el deseo de su compañero, e hizo a su vez una pequeña maniobra, sugerida por su corazón confidente de discípulo predilecto de Jesús. Porque sintiéndose más próximo a Jesús, y reclinando confidencialmente su cabeza sobre el pecho del Señor, ἀναπεσὼν ἐκείνος οὕτως ἐπὶ τὸ στῆθος τοῦ Ἰησοῦ (1), con el oído puesto sobre aquel Corazón, que tanto amaba a los suyos, levantó sus ojos hacia Jesús y le preguntó con voz baja y confidente: «Señor, ¿quién es?» «Es aquel a quien yo diere un pedazo de pan mojado en la salsa», contestó Jesús (2). Y al mismo tiempo mojó un pedazo de pan en la salsa y, extendiendo el brazo, lo llevó a la boca de Judas (3).

Los ojos de Juan, reclinado aún sobre el pecho de Jesús, siguieron ansiosos la trayectoria descrita por su mano. El Corazón de Cristo latía violentamente. Y, sin embargo, era aquella una señal de especial afecto y cortesía usada aún ahora en el Oriente, y con la que el personaje principal que preside la mesa, distingue a alguno de sus convidados (4). En aquel momento era el esfuerzo supremo de Jesús

(1) *Ioh.*, 13, 25.

(2) *Ioh.*, 13, 26. Todos los comensales mojaban el pan y las hierbas amargas en el plato común que contenía la salsa pascual o el *charoseth*, y cada plato podía servir para tres personas. Parece que aquél, en que mojaba el Señor, servía igualmente para el Discípulo amado y para el traidor, cf. RICCIOTTI, ob. cit., pág. 663.

(3) Conjetura Ricciotti que Juan se alzó sobre su busto, apoyado, no ya sobre el codo izquierdo, sino sobre el derecho: «L'evangelista giovanetto comprese subito il desiderio di Pietro, e a sua volta fece una piccola manovra suggeritagli dal suo confidente cuore d'amico prediletto; giratosi egli per metà sul suo corpo, si puntò non più sub gomito sinistro, ma sul destro, e così ritrovandosi anche più vicino al divano di Gesù appoggiò confidencialmente la sua testa sul petto del maestro (ἀναπεσὼν .. ἐπὶ τὸ στῆθος τοῦ Ἰησοῦ) e stette a guardarlo negli occhi dal sotto in su, come un bambino reclinato sul seno del babbo e che aspetti una grazia. Quindi, sommessamente gli domandò: *Signore, chi è?*», *Vita di Gesù Cristo*, Milano-Roma (1941), 664.

(4) De la significación de este detalle aun en la Palestina de nuestros días habla John Neil: «When at a meal your host desires to show you special kindness or attention, he will put his right hand into the stew, and take some dainty piece of meat, or fat, and put it into your mouth, or else roll up a ball of greasy rice, and present it to you in the same way», *Every-day Life in the Holy Land*, London (1913) 83. Es Ricciotti quien evoca también, por su parte, este recuerdo personal de su paso por el Oriente: «Mangiando nel deserto con beduini arabi, anche a me è avvenuto qualche volta di ricevere tale cortesía. Veramente parecchie ragioni, cominciando

por conquistarse a su discípulo y detenerle sobre el borde mismo del abismo, antes de que se lanzase a consumir su traición.

Una lucha muda se entabló en aquel momento entre la gracia de Cristo y el alma obstinada de Judas, decidiéndose en ella su suerte para siempre. No hay cosa a la que más se resista el alma que a recibir amor de aquel a quien odia. Esto lleva siempre consigo una derrota: o del que ama, o del que odia. Ahora bien, el amor de Jesús no podía quedar vencido; Judas, pues, el que odiaba, fué quien quedó derrotado, por haber despreciado el amor de Cristo para siempre.

«Y tras el bocado—dice el cuarto evangelista—entró en él Satanás» (1), entregado como estaba ya Judas en cuerpo y alma al demonio. Toda esta escena pudo desarrollarse rápidamente, sin que ninguno de sus incidentes llamase la atención de los demás Apóstoles. Y tal vez la realizó el Señor sin apenas moverse de su cojín. Judas ocupaba probablemente el puesto próximo a Juan, o sea el primero en el diván situado a la derecha de Cristo, en el llamado *lectus imus*. Era el puesto señalado en el triclinio romano al anfitrión. Desde él podía dirigir más fácilmente el servicio y atender a que no faltase nada al huésped de honor.

La interpretación que luego dan los Apóstoles a las palabras de Jesús, puede hacernos pensar que Judas representó en la cena este papel, muy en armonía, por otra parte, con su calidad de administrador y depositario de la caja común dentro del Colegio Apostólico. Colocado en el extremo del *lectus imus*, formando ángulo recto con el *lectus medius* junto a San Juan, el busto del traidor distaba de Jesús casi lo mismo que el del Discípulo amado. Así pudo recibir el bocado de pan y aun escuchar, sin que los demás lo advirtiesen, la terminante respuesta del Maestro: «Tú lo has dicho» (2).

da quelle igieniche, avrebbero spinto a fare a meno di siffatta gentilezza. Ma, guai a rifiutare! Sarebbe stata un'ingiuria tanto grande, quanto voleva essere grande la gentilezza», ob. cit., pág. 664.

(1) *Ioh.*, 13, 27.

(2) *Mt.*, 26, 25; *Ioh.*, 13, 26. Frente a esta distribución de los puestos, que tuvieron en la última cena Jesús, Pedro, Juan y Judas, y en la que modernamente coinciden Prat y Ricciotti conforme a las indicaciones de los relatos evangélicos y a los informes de la literatura romana, se registra toda una serie de combinaciones divergentes en Monseñor LE CAMUS, *Vie de Notre-Seigneur Jésus-Christ*⁸, III, Paris (1921), 188; EDERSHEIM, *The Life and Times of Jesus the Messiah*¹¹, II, London (1901), 493-495; GEIKI, *The Life and Words of Christ*, II, London (1888),

6.º—Sale Judas del cenáculo

Judas buscaba ya el momento de separarse de Cristo para realizar su crimen. Su alma endurecida se había lanzado decididamente por el camino trágico de su perdición. Jesús vió que ya no volvería sobre sus pasos. Ese horror que suele apoderarse de los hombres buenos, al encontrarse en medio de los depravados, se apoderó igualmente de Jesús; pero en un grado de que no podemos tener idea. No en vano era la misma santidad de Dios.

«Lo que vas a hacer, hazlo pronto» (1), dijo entonces en voz alta que todos escucharon. Muchas veces lo único que puede hacer recapacitar y volver en sí a un hombre obstinado en la maldad, es mostrarse desinteresado respecto de sus acuerdos y dejarle en libertad. San Agustín, con todo, sorprende, y no sin razón, otro sentido más redentor en esas palabras de Cristo: «*Quod facis, fac citius. O verbum libentius parati quam irati! O verbum non tam poenam exprimens proditoris, quam mercedem significans Redemptoris. Nisi se traderet Christus, nemo traderet Christum... Tradet Judas Christum, tradidit Christus seipsum; ille agebat negotium suae venditionis, iste nostrae Redemptionis*» (2).

Ninguno de los comensales comprendió el hondo sentido que encerraban las palabras de Cristo. Ni el mismo Juan, que acababa de identificar horrorizado al traidor, podía sospechar que el desenlace de aquella tragedia hubiese de ser tan inminente. Y surgieron dos interpretaciones divergentes entre sí: algunos, acostumbrados a ver a Judas con el cuidado de los intereses materiales, entendieron las palabras del Maestro como una exhortación a los últimos preparativos de la gran fiesta del 15 de Nisán; mientras en otros brotó la idea de la asistencia caritativa a necesitados y pobres, según les tenía habituados a estas obras de caridad, aun en medio de su pobreza, el Señor.

465; SEPP, *Leben Jesu Christi*², VI, Regensburg (1860), 65-66; FOUARD, *Vie de Notre-Seigneur Jésus-Christ*¹⁶, II, Paris (1904), 253-254; SCHUSTER-HOLZAMMER, *Historia Bíblica*, II, *Nuevo Testamento*, Barcelona (1935), 3590.

(1) *Ioh.*, 13, 27.

(2) *In Iohannem tractatus*, LXII, 4, PL, XXXV, cols. 1802-1803.

El traidor, que con astuta doblez había engañado hasta el último momento a sus discípulos, con torva mirada de odio se levantó de su diván y salió. «Y cuando salió, era ya de noche», como observa el evangelista. «Et ipse qui exivit, erat nox», comenta San Agustín, haciendo eco al pensamiento del Apóstol (1). Hundióse Judás en la oscuridad de aquella noche, rechazando la luz del Verbo para siempre. El discípulo amado de Jesús siente aún, al describir la escena sesenta años después, la angustia de estas tinieblas que van cayendo y ahogan los corazones. «Han amado las tinieblas más que la luz» (2): llega ya su hora. Aún algunos momentos de libertad, y muy pronto, en el huerto, Jesús, saliendo a su encuentro, les dirá: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (3).

Aún intentará la voz amorosa del Maestro rasgar aquella negra nube en el momento mismo, en que los labios fríos del traidor consumaban con un beso su perfidia en el huerto. Pero, como siempre, también entonces huirá de la luz, para perderse en la más oscura de las noches.

Cuando al día siguiente recibía Jesús el repudio sangriento de su pueblo en el pretorio de Pilatos, para subir, cargado con el instrumento del suplicio, camino del Calvario, comprendió por fin Judas lo horrendo de su crimen. Como si fuese ya un réprobo en vida, relampagueó siniestramente por última vez en su alma la fe en Jesús... Pero no la fe que salva, sino la que hizo blasfemar desesperado a Caín: «Mi pecado es demasiado grande para que pueda ser perdonado» (4). Los treinta siclos le quemaban las manos. Corrió al templo: «He pecado entregando esa sangre inocente», gritó en su desesperación (5), mientras, arrojando al suelo las treinta monedas, hacía sonar en el duro pavimento el precio de su crimen.

Una respuesta fría, en que iba envuelto todo el desprecio que a los criminales inspira otro criminal mayor, acabó con su agonizante esperanza: «¿Qué nos va a nosotros en eso? Alla tú» (6). Habiendo pagado los treinta siclos convenidos, no tenían nada que ver con el asunto, ni querían saber más de él.

(1) *Ibid.*, LXII, 6, col. 1803.

(2) *Ioh.*, 3, 19.

(3) *Lc.*, 22, 51.

(4) *Gen.*, 4, 13.

(5) *Mt.*, 27, 4.

(6) *Mt.*, 27, 4.

Lejos de Cristo y abandonado hasta de sus cómplices en aquella hora, huyó de la ciudad y se ahorcó... Se cumplía la terrible predicción del Señor: «Más le valiera no haber nacido» (1).

Al salir Judas del Cenáculo, pareció respirar el Corazón de Cristo, y exclamó diciendo: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en El. Si Dios es glorificado en El, Dios también le glorificará en sí mismo, y le glorificará bien pronto» (2). ¿De qué glorificación del Padre y del Hijo se trata?

Desde luego, glorificación fué de Cristo, oprimido por la presencia del traidor, hallarse rodeado de los Once fieles y de corazón puro, para instituir el Sacramento y Sacrificio de la Eucaristía. Pero la esencia de esta glorificación, cantada por Cristo, estaba sobre todo en el próximo sacrificio de la cruz, iniciado en cierto modo con la traición de Judas: «En el Evangelio de San Juan la Pasión del Señor viene habitualmente representada como su glorificación, y glorificación a la vez de su Padre. Esa muerte es en efecto la mayor prueba de amor y de adoración, que el Hijo ha podido dar a su Padre; es el homenaje supremo rendido a Dios por Jesucristo; nada que sea más glorioso para Dios ni para el mismo mártir. Y desde ahora va a comenzar en cierto modo la Pasión: acaba de salir el traidor para tender su emboscada; va a ser entregado el Hijo del hombre y se siente ya glorificado» (3).

«Lleva una seguridad tal, con una visión tan clara del porvenir—dice el P. Huby—, que en este primer acto del drama contempla ya su desenlace como cierto, con la correspondiente gloria suya y la de su Padre. Diríase un general victorioso ya en las primeras horas de una batalla, cuyo éxito estuviera descontado con certeza infalible desde el primer momento. Ahora ha sido glorificado *el Hijo del hombre, y Dios ha sido glorificado en El*. Jesús puede celebrar desde ahora ese su triunfo, porque el primer acto de su Pasión contiene virtualmente todo lo que va a seguirse» (4), en especial su resurrección y gloria, con el esplendor que tuvo, antes de que el mundo fuese, junto a su Padre (5):

(1) *Mt.*, 26, 24; *Mc.*, 14, 21.

(2) *Ioh.*, 13, 31-32.

(3) J. LEBRETON: *La Vie et l'Enseignement de Jésus-Christ*, II, París (1931), 275-276.

(4) HUBY: *Les Discours de Jésus après la Cène*, París (1932), 30.

(5) *Ioh.*, 17, 5.

7.º—*El momento de la institución de la Eucaristía.*

En este momento de la narración evangélica, y mezclada la tercera copa de vino en el término ya del banquete pascual, debió de tener lugar la institución de la Eucaristía, pasada por alto en los relatos de San Juan. Y desde luego es aquí donde la colocan el *Diatessaron* de Taciano y la *Harmonía Evangelica* de Ammonio, con la mayoría de los exegetas modernos, aunque sabida es la divergencia de opiniones en este punto desde la época patristica entre los autores (1).

Baste citar los nombres gloriosos de San Cipriano, San Cirilo de Jerusalén, San Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo, San León, San Gregorio Magno, Sto. Tomás, Suárez, Toledo, Estío, A. Lapede, Calmet, Menocchio, Murillo, Pözl, S. Bernhard, Mader, Zahn, Fouard, Calmes y H. G. Bernard, a favor de la presencia de Judas durante la institución de la Eucaristía; así como los de Taciano, Ammonio, Afraates, San Cirilo de Alejandría, San Hilario de Poitiers, las Constituciones Apostólicas, el Pseudo-Dionisio, Víctor de Capua, Inocencio III, Salmerón, Barradas, Maldonado, Corluy, Cornely, Knabenbauer, Lesêtre, Belser, Le Camus, Rose, Tillmann, Fillion, Lagrange, Meinertz, Durand, Prat, Lebreton, Coppieters, Rosadini, Simón-Prado, Schuster-Holzammer, Vaganay y Ricciotti por la tesis contraria.

No se puede dudar de que esta segunda se va imponiendo cada vez más en nuestros días, a pesar de la tendencia contraria preponderante en la época de los Padres (2). Tampoco ocultaremos nuestras

(1) Véase la discusión entre Sigmund BERNHARD: *War Judas der Verräter bei der Einsetzung der heiligen Eucharistie gegenwärtig?*, en «Zeitschrift für Katholische Theologie», XXXV (1915), 30-65; *Nochmals über die Frage von der Gegenwart des Verräters bei der Einsetzung der hl. Eucharistie*, *ibid.*, XXXVI (1912), 411-416; y Max MEINERTZ: *Zur Frage nach der Anwesenheit des Verräters Judas bei der Einsetzung der Eucharistie*, «Biblische Zeitschrift», IX (1911), 373-390.

(2) No se puede afirmar que los Padres hayan resuelto esta cuestión en sentido afirmativo a favor de la comunión de Judas, como puede verse en SPITERI: *Die Frage der Judaskommunion neu untersucht*, Wien, 1918. Resume con justeza el Padre LEBRETON: «Les Pères en grand nombre ont pensé que Judas avait communiqué et en ont tiré des instructions religieuses; plusieurs cependant ont été d'un avis opposé, et aujourd'hui ce sentiment est plus général; ils nous semble que c'est avec

preferencias por aquella, aunque nunca podrá dirimirse la cuestión por un sí o un no categórico, mientras sigan en pie los textos divergentes de San Mateo y San Marcos por una parte, y el de San Lucas por otra.

En efecto, mientras los dos primeros Sinópticos ordenan en su relato los hechos, de suerte que el anuncio de la traición precede a la institución de la Eucaristía (1); el tercero, en cambio, desarrolla de manera el cuadro de la cena, que a la consagración del Cuerpo y de la Sangre del Señor se sigue aquel anuncio: «*Pero he aquí la mano del que me entrega, conmigo en la mesa*» (2). Ni Juan ni Pablo iluminan directamente el caso.

¿Qué serie es cronológicamente mejor? ¿La de Mateo y Marcos, o la de Lucas? «Lucas, en otros casos, es cronológicamente preferible a menudo, pero no siempre, y este puede ser un caso del no siempre—observa Ricciotti—, ya que por razones ideales comienza la narración de la última cena casi directamente con la institución de la Eucaristía, posponiendo todo lo demás. La serie de Marcos y Mateo, tanto por proceder de dos, como por parecer más espontánea, nos parece preferible; pero no cierta en absoluto» (3).

Añádase que no es raro en San Lucas el caso de invertir los hechos sacrificando el orden cronológico al lógico por motivos literarios, como ocurre en estos mismos relatos de la última cena a propósito de la cuestión de precedencia, desplazada del principio al fin por la pluma del evangelista (4).

Por otra parte, nos asegura San Juan haber salido Judas del cenáculo, apenas recibió el bocado de pan ofrecido por el Señor: λαβὼν οὖν τὸ φωμίον ἐκεῖνος ἐξῆλθεν ἐυθὺς (5), es decir, que salió el traidor del cenáculo antes de acabarse la cena. Ahora bien, es San Pablo el que nos afirma haberse instituido la Eucaristía *después de la cena*,

raison: en cette matière les raisons de convenance peuvent être invoquées pour et contre; nous n'en dirons rien, mais la lecture des textes semble favoriser l'opinion négative», ob. cit., II, pág. 249.

(1) Mt., 26, 20-30; Mc., 14, 17-26.

(2) Lc., 22, 21.

(3) RICCIOTTI, ob. cit., pág. 665.

(4) L. VAGANAY: *Judas (a-t-il communiqué à la Cène)*, «Dictionnaire pratique de connaissances religieuses», IV, París (1926), 95-96. En nuestro siglo de oro sobresale SALMERÓN: *Commentariū in Evageliçam Historiam*, IX, Coloniae (1604), 69-74.

(5) Ioh., 13, 30.

μετὰ τὸ δαιπνῆσαι (1). Y lo mismo repite San Lucas con ocasión de la consagración del cáliz, *después de haber cenado*, μετὰ τὸ δαιπνῆσαι, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros» (2).

Téngase asimismo presente que el relato del cuarto evangelista, comentado hasta ahora, no admite inserción posible de la institución de la Eucaristía antes de la partida de Judas del cenáculo, y que están llamados al fracaso cuantos intentos se hagan en ese sentido, como ha ocurrido con las hipótesis de su inserción entre los versículos 1-2, 11-12, 19-20 del capítulo XIII.

Para limitarme sólo a las dos primeras hipótesis principales, pase que la expresión: ἀγάπησας τοὺς ἰδίους τοὺς ἐν τῷ κόσμῳ, εἰς τέλος ἠγάπησεν αὐτούς, en San Juan (3), pueda encerrar una alusión a este sacramento de amor. Pero de ahí a la inserción del relato eucarístico, como modernamente defiende el P. Vosté (4), en ese mismo momento de la cena, antes del lavatorio de los pies, media un abismo. Desde luego, desaparece en esa hipótesis el símbolo de la limpieza espiritual, con que deben acercarse los fieles a este sacramento, según lo ha considerado siempre la grande tradición católica, desde la época de los Padres hasta nuestros días.

Pues la segunda hipótesis, que supone la institución de la Eucaristía entre los versículos 11-12 de ese mismo capítulo de San Juan, es decir, entre el mismo lavatorio de los pies y la lección moral, que de ese ejemplo de humildad se derivaba, puesta en labios del divino Maestro, carece aun de todo viso de probabilidad.

Recojamos, por fin, en el término de nuestro estudio, la observación hecha por cuantos autores en tiempos antiguos y modernos han defendido nuestro punto de vista, aunque el argumento no pasa de una simple congruencia. Nos referimos al hecho de no haber mediado ningún sacrilegio en esta primera comunión y ordenación sacerdotal de Cristo, en el caso de haber salido Judas del cenáculo antes de la institución de la Eucaristía.

VICTORIANO LARRAÑAGA, S. J.

(1) *I Cor.*, 11, 25.

(2) *Lc.*, 22, 20.

(3) *Ioh.*, 13, 1.

(4) *Studia Ioannea*, Romae (1930), 242.